

PINCELADAS DE BASCONIA



Ceremonias, juegos y bailes campestres

Aquella mañana en que los moradores de nuestras montañas caminaban hacia el pueblo ó ciudad grande, ya con cestas cargadas de hortalizas, ya con borriquillos portadores de enormes marmitas de leche, formando grupos interesantes por aquella inocencia y candor, por aquellas espontáneas risotadas precursoras de la felicidad de nuestros caseros y prueba patente de la tranquilidad que las más de las veces reina en sus espíritus; jamás me olvidaré de ella; el ambiente agradable que saturaba la atmósfera, las mil maravillas que la naturaleza tiene condensadas en las montañas bascas, los cuadros inolvidables que á su recorrido sugieren á la vez que recuerdos indelebles y pensamientos sublimes para el filósofo; enriscadas peñas, aparatosas cataratas, espumosas cascadas, torrentes que mugen, valles que encantan, vegas que llaman, santuarios que recogen, cierta indecisa niebla que cubría las crestas de los montículos, y otros tantos pasajes deslizaron á mi vista en dicha mañana dulce, melodiosa, de Mayo..., de Junio..., no sé de cuándo; mañana semi-divina. Marchábame á una bulliciosa aldea guipuzcoana donde celebraban una fiesta típica y tradicional; la invitación que para presenciar el acto había recibido no podía dejar desatendida. La animación más grande alegraba con notas características las contadas calles del pueblo; gentes campesinas llegaban á visitar la iglesia donde se estaba preparando la más hermosa procesión de todo el año; luminarias sin cuento despedían hacia las bóvedas densas humaredas y sus titilantes llamas daban un aspecto inusitado al templo; menudeaban las ofrendas en testimonio público de la fé euskalduna y de cre-

dulidad cristiana, base firme donde estriba aquella felicidad y vida que durante sus mejores tiempos sostenía el campesino basco.

Iba á salir la procesión; las calles estaban cubiertas por alfombras verdaderamente artísticas y antiquísimas, algunas de ellas, donadas en aquel momento por familias de las casas solariegas; de los balcones pendían colgaduras antiguas; rosas, violetas, claveles, hiervas de mil variadas clases, sin que faltara la imprescindible *chauchaba*, cubrían toda la carrera; numeroso grupo de hombres y mujeres se ocupaban afanosos y llenos de santo entusiasmo en levantar un provisional altar en la plaza pública donde la comitiva había de detenerse para ejecutar la composición que el organista de la parroquia había concluido para dicho día por encargo del señor vicario.

Vibrantes suenan las campanas al entonar con su lenguaje de metal los acentos más risueños y llenos de esperanzas para el cristiano que encuentra en su Madre la Iglesia la salvación y el contento eterno, y en las prácticas religiosas el medio conducente á la posesión de la verdad: ¡cuán alegres suenan para ese campesino que al terminar con su yunta las labores del campo ofrece su corazón al Eterno! ¡Cuán alegre para la casta doncella que al rayar el alba entreabre sus rosados labios al decir ferviente de la primera plegaria.

Abiertas de par en par las puertas del templo, como están las del cielo para el justo que muere en el Señor, sale la procesión á quien saluda el sol con todas sus luces y resplandores; los estandartes lucen sus bordados de oro, niños vestidos de marinerito acompañan, los unos al llevar de la candela y los otros al tirar de cordones pendientes de banderas y estandartes; todos ellos brillan tanto por su angelical figura como por caprichosos vestidos de marinera y zapatitos ya de color amarillento, ya de elegante charol sobre los cuales forman los rayos del sol brillos multicolores. Siguen con indefinible respeto numerosos fieles, casi todo el pueblo está en la procesión; el Ayuntamiento en pleno preside la fiesta religiosa y no hay *jauncho* alguno que por lo menos acompañe de levita, rigurosa en este caso, y cirio encargado de antemano para el acto. La masa del pueblo precede á la procesión con seriedad patriarcal, al rezo del rosario los unos, en pernetas los otros, los más con *kandeillas* benditas de víspera; ¡oh! qué edificante es contemplar tantas fisonomías arrugadas, tantas cabezas encanecidas, entre las cuales descuellan con verdadero afán las frentes espaciosas de la gente del campo, que tan de corazón cantan esas letanías arrobado-

ras de nuestra Religión sacrosanta; ¡oh!, cómo anima el espíritu de todo cristiano escuchar aquellas potentes y estentóreas voces rogando á la Madre de Cielos y Tierra; clamando todos al unísono, casi á compás, y con lo que más vale de todo... con fé, *estrella de la mañana; consuelo de los infortunados; lirio de la tarde*, ten piedad de nosotros.

Lleváronme á comer después de terminada la fiesta tan poética y llena de unción. La gente del pueblo no podía encontrarse más satisfecha, un contento general, como el que sucede á todas las ceremonias sustentadas por el ideal católico, se presentaba en todos los semblantes. En la casa donde era llamado había numerosos convidados; el párroco era de rúbrica, al que seguían el organista juntamente con el médico y el boticario; estaban allí todos los demás *jaunchos* que gobernaban al vecindario sencillo y sin pretensiones, gozando, más ó menos, de la afabilidad y trato euskalduna de los *nagusiyas*; á lo tradicional, á la bendición de la mesa siguieron los platos, unos tras otros, en medio de anécdotas, casos y cosas, risas, aplausos y narraciones interesantes con que amenizaba la *gran comida* uno de los invitados. Los platos fuertes abundaron, no faltando el tradicional arroz con leche como otro de los platos *de etiqueta* entre la gente vasca del campo.

A todo trance deseaba la terminación de aquella larga comida, por ser casi mi objeto exclusivo la observación de los bailes y juegos que en la campaña habían de verificarse; cuando ya se oían menudear los *irrintzis* de los muchachos y las algazaras de las muchachas, al son de algunos toques de silbo y tamboril, despejóse nuestra mesa.

La campa cercana estaba animadísima; grupos de jóvenes alegres; muchachos adolescentes vestidos de blanco, faja y boina rojas; los viejos sentados sobre bancos rústicos aplaudían a los jóvenes; los aires bascos entusiasmaban al vecindario; sonaba el chistu para comenzar el baile; saltaban los niños, reían las madres; calentaba el sol sin que sus rayos hirieran los rostros; los castaños y las encinas producían benéfica sombra; se movían los follajes al soplo de una saludable brisa; todo en conjunto parecía querer bendecir aquella fiesta tan jovial, inocente y netamente euskara. Bajo un maderamen apoyado sobre dos columnas de piedra apuraban vasos de rica sidra buena porción de caseros, en tanto que otros, congregados en grupos originales, conversaban afablemente con intermedios de risas bullangueras.

A las brillas jugaban muchos; á la barra los más, sin que á la *toca* faltara gente que verificaba apuestas; las mozas por su parte se preparaban á lucir sus ligerezas, combinando jóvenes y muchachas para la realización de los hermosos bailes de nuestro país.

ADRIAN DE LOYARTE.

(Se continuará)

FUERUEN PASIALEKUKO FERIYAK⁽¹⁾

Alkate jauna; ¡arren!
gaur egiñ biar dit,
paperchu au letzia
Jaungoikua gatik,
zergatikan beorri
nola dan aiñ ona,
uste det logratzia
eskatzen zayona.

Eztakit diran zazpi
organillo, denak,
barraka zar oyetan
bullaka daudenak
eznautenak utzitzen
zortzi arrats ontan,
tronpeta ots ayekiñ
minutu bat lotan.

¡Eztaki, es, beorrek
aitzen egonian
belarriko zulora
sartzen diranian
zazpi organilloren
berrogei tronpeta
nola berotzen duben
gizonen kopeta!

Ain gogor jotzen dute
eta gogotikan,
uste det aitzen dala
Astigarratikan.
Batek jotzen du *Norma*
bestiak *Trobador*,
Trabiata, *Marina*,
Nabukodonosor.

(1) Por una distracción de su autor no fué publicada á su debido tiempo esta composición.

Esnaola, data del 10 de Septiembre de 1902, en que se presentó á dar un concierto en el Teatro Principal.

De entonces acá ha caminado de éxito en éxito y registrados todos en nuestras páginas á medida que han ido sucediéndole, sería inoportuno repetirlos aquí.

En el concierto que dió recientemente en obsequio á sus socios protectores, sumó nuevos laureles á los ya conquistados y tenemos por cierto que no se dormirá sobre ellos, correspondiendo así á los entusiastas esfuerzos de su joven é inteligente director, á quien dirigimos un ruego: entendemos que los orfeones, sin perjuicio de contar en su repertorio bellas obras de carácter general, deben tener fisonomía local propia, y á este efecto ¿por qué no recoger y regalar nuestros oídos, por ejemplo, con aquellas deliciosas notas que el inolvidable *maiusuba* Santesteban puso á inspiradas poesías de Vilinch y otras por el estilo, que se van borrando día tras día y tanto dicen á nuestros corazones?

El Orfeón Donostiarra debe ser ante todo *donostiarra*.

PINCELADAS DE BASCONIA



(CONTINUACIÓN)

Era D. José Manuel el anciano más respetado de todo el pueblo; había ejercido cargos públicos varias veces, trabajó mucho en favor del vecindario, alivió en cuanto pudo las cargas de contribuciones á que estaba sometido el campesino, su mano pródiga era el amparo seguro de necesidades sin cuento; todo ello unido á su carácter cariñoso, y cultivado talento, hacían de él la figura más influyente y el *jauncho* de más seriedad en el pacífico pueblo basco.

Merodeaba aquel día de fiesta por el lugar donde se habían de verificar los bailes y jolgorios; dirigía unas frases de donaire á un grupo; sentábase á escuchar las charlas de algún otro, prodigaba sanos consejos sancionados por la larga experiencia de los años, siendo recibido

siempre por todos, con aquel respeto que las más de las veces inspira el corazón generoso y el ejemplo de una vida cristiana.

Entre los que formaban el grupo animado al beber de la sidra bajo la techumbre antes descrita, discutíase con calor sobre las libertades euskaldunas, no para dudar de su influencia beneficiosa al país, sino antes bien para prepararse á su más calurosa defensa en cuanto de ellos dependiera. Otros eran esclavos de entusiasmo espontáneo ante el movimiento industrial iniciado en nuestras provincias; ante los adelantos indiscutibles de nuestras capitales, ante esa *civilización* que á pasos de gigante quiere traspasar aun las más enriscadas montañas y penetrar en los democráticos caseríos.

Don José Manuel detúvose algunos momentos sentado en el rústico banquillo ofrecido por sus admiradores fieles y sinceros; escuchaba con entrecortadas risas las amenas charlas de aquel grupo de labradores fornidos, notando con verdadera satisfacción que á pesar de las corrientes modernas que parecen atentar hasta á la fisonomía propia y exclusiva de una raza, intentando desfigurarla con adornos exóticos y pinturas á la violeta, todavía latía en la montaña el sentimiento de un ideal grande, de una fuerza superior, de algo bello, de algo que atrae más que la *materia*; el sublime ideal patrio; el ideal euskalduna.

Todos los campesinos querían oír la palabra autorizada de nuestro anciano, y él por su parte deseando vivamente que jamás imperara el error en los entendimientos de los sencillos labriegos, comenzó por recorrer en grandes síntesis la historia gloriosa del pueblo basco, ocupando gran parte de su conversación en lo referente á sus fueros, con las juntas patriarcales, á sus ejércitos autorizados por dichas juntas, al respeto que todos los monarcas han observado y garantido en cuanto á su independencia y organización, á las uniones que se han verificado con los reyes de Castilla mediante juramentos solemnes de guardar y respetar sus libertades, fueros, buenos usos y costumbres, etc., etc.: diciéndoles después: he aquí ahora, ahí tenéis á la Basconia modernizada; ¡ahí tenéis á un pueblo que venda sus ojos para dejar de mirar con cariño á la madre querida que le sacó de sus entrañas con la fisonomía más admirada por todos los pueblos, todos los hombres y todas las ideas! ¡ahí tenéis á ese pueblo que arroja un pedazo de lodo al rostro de su amorosa madre! De todo lo grande, de todo lo bello y sublime ¿qué ha quedado?

¿Qué tienes pueblo euskaldun con esos ríos de oro que en vertigi-

nosas corrientes atraviesan todo el país basco materializando de manera tan alarmante que apenas si de ellas surgen más que el potentado ora naturalista, ora comunista económico, que si no atenta contra el ideal patrio, por lo menos escucha con indiferencia sus hermosas doctrinas? ¿qué tienes con esos subterráneos de minas de donde surgen millares de cuerpos encorvados, sin creencias, sin fe, sin respeto á la tradición? ¿Qué tienes de todo eso?

Yo quisiera ver al pueblo euskaro apegado con verdadero amor á sus hermosísimas tradiciones; quisiera ver en práctica las creencias piadosas de nuestros mayores, armonizándolas con el buen vivir y el sensato ganar de los pueblos y ciudades; quisiera contemplar al casero y obrero euskalduna, no escuchando hueras charlatanerías, sino bajo la acción benéfica y fecunda del consejo paternal del encanecido párroco de la iglesia, oyendo sus máximas, siguiendo sus doctrinas, únicas que pueden conservar sin desfigurarla la peculiar fisonomía del basco; quisiera ver sustituida tanta *materia* por más ideas y sentimientos puros, pero no me engaño: «El pueblo Basco, cada vez tiene menos de Basco»; conserváos vosotros en este hermoso estado, les dije á aquella gente que atentísima le escuchaba, y corramos ahora á presenciar nuestros típicos bailes, fiestas y juegos que es lo poco que todavía conservamos de lo mucho bueno de nuestras pasadas épocas. Todos los allí congregados corrieron á presenciar, tomar parte y aplaudir las escenas que se desarrollaban. La campa continuaba atractiva por su animación; los bailes se preparaban con todos los requisitos indispensables para que se hicieran con el mayor escrúpulo y pureza; á la *toca* jugaban grupos de caseros que no tomaban parte en los bailes; menudeaban las apuestas y los entusiasmos de ambos bandos disputábanse las monedas con verdadero interés, caían las brillas al rápido golpear de la bola arrojada con vertiginosa fuerza; contábanse todas ellas por los caseros que se agolpaban como un solo hombre; se repartían las ganancias á uno y otro lado; y todo ello transcurría sin la menor riña ni pendencia. Es que en aquellos hombres jamás ha tomado carta de naturaleza el vicio, y los preceptos de la moral dominan siempre en cada uno de sus caracteres; y... ¡qué hermoso es presenciar la práctica de la moral cristiana, única que puede conducir á todas las sociedades á los augustos alcázares de la felicidad!, ¡qué hermoso cuando ella constituye el adorno inmortal, el collar de oro que ostenta el cuerpo de un pueblo ó nación!

Comenzaban los bailes, ora en corros de hombres y mujeres asidos los unos á las otras por medio de pañuelos blancos, girando todos á un mismo movimiento; ya en parejas separadas y sueltas al son airoso del castañeteo acompasado de nuestros caseros; ya en otros muchos bailes donde la mujer euskalduna ha sido y sigue siendo el estudio, la admiración é interés de sin fin de moralistas y escritores de todos los países.

Presenciad su porte; márchase al baile; la espera el suyo; casero vigoroso y hercúleo; se dirige con mirada tierna; su tez rosada refleja la púdica flor que perfuma los espacios.

Allí la veis en el *esku-dantza* mezclarse de continuo con los hombres, siempre en medio del mayor recato y compostura; la veis cubierta de brillante aureola de estimación general, mimada bien de veces por agudezas y chistes de buena ley de mozos y gente joven, sin que por ello pierda su serena modestia

Es de ver aquella campa ocupada por multitud de grupos que bailan al *ariñ-ariñ*, al *aurresku*, al *ezpata-dantza* al *esku-dantza*, en fin, á esos memorables bailes placenteros, genuinamente euskaros, exclusivos nuestros, sin que nadie nos pueda imitar, sino admirar, nacidos en el país, al calor del entusiasmo basco de nuestros padres, á la brisa encantadora de nuestras costumbres envidiadas por el universo todo, al vivir honesto del verdadero basco; es de ver cómo en el baile llamado *bordon-dantza* los veinticuatro mozos, firmes y aguerridos, cruzan sus palos con extraño ruido, con enérgico remate, con decisión firme al son de un *zortziko* inmemorial. Son bailes tan hermosos, interesantes y típicos, que constituyen un verdadero tesoro, que nuestras nunca bien ponderadas Diputaciones fomentan y propagan como parte esencialísima de la fisonomía real del país euskalduna.

¡Ah! mientras en las canciones del caserío y de la aldea palpita el bascuence, reinarán la alegría y el bullicio sanos, porque la moral, sin disputa alguna, ha de correr parejas con el modo de ser del mozo y de la moza bascongados, y de la romería de la aldea, y del baile de la montaña, y del jugar de los hombres, y del charlar de los grupos, y del galantear del mozo, y del reir de la moza, y del cantar de las mujeres, y del ruido del chistu y del tamboril, no, muy raras veces ha de seguir el fatídico brillar del cobarde acero que acompañado del diccionario infernal de blasfemias y frases obscenas, concluye con actos propios de la más triste barbarie; ¡no! esto si acaso ocurre en nues-

tro país, es mercancía importada del extranjero é introducida de matute.

Ha sonado en la intensidad del valle la campana que difunde por los aires notas de embeleso, que bendice las amapolas de la primavera que recuerda los consuelos de la religión, que ensancha el consuelo del pecador, hace cantar las letanías, contemplar los arreboles del crepúsculo y entonar las palabras tiernas del Ave-María.

La multitud que se divierte en la campa entre los juegos, bailes y canciones, detiéndose, calma sus entusiasmos, mira al cielo y ora...

El párroco, que se paseaba de uno al otro lado de la romería presenciando los grupos, esta colocado de piés y en medio de la muchedumbre; sus cabellos encanecidos adquieren un color rojizo á los toques de los postreros rayos del sol; comienza la oración; un silencio monacal impregna de carácter misterioso sus palabras; los romeros contestan pareciendo que aquellas preces vuelan cual encantadora mariposa, hacia las inefables regiones; entre tanto, un eco, como de canto, se escucha á lo lejos; la noche se acerca en medio de maravillosas constelaciones; diríase que Dios escucha con oído especial la plegaria y que el hombre se compenetra una vez más de su inmensa pequeñez y de la grandeza infinita del Creador...

Todo ha terminado; los caseros vuelven á sus hogares con la misma alegría y tanto entusiasmo como llegaron a la fiesta; las mujeres, del brazo de los hombres, saltan por las llanuras y caminos conducentes á la aldea.

Yo volví á la ciudad; en el trayecto apenas se notaba mas que el silencio augusto de una gran soledad, susurrada por el moverse tranquilo de las hojas de los árboles... que parécese escuchar todavía.

ADRIÁN DE LOYARTE.

